

documentos

CIDOB Seguridad y política mundial

07

ENTENDER LAS REDES TERRORISTAS DE MUNDO PEQUEÑO: HACIA UN MUNDO POST-AL QAEDA

Francesc Badia i Dalmases Gerente CIDOB

Presentación

Ante la vigencia de la temática tratada y de la tesis que sostiene, coincidiendo con el décimo aniversario de los atentados de Al Qaeda en Nueva York y Washington, se publica esta versión castellana, que revisa y actualiza su original en inglés, ya publicado en *Documentos CIDOB, Seguridad y política mundial* en diciembre de 2010. El ensayo propone que, una vez tomada la decisión de zanjar la “guerra contra el terror” declarada en 2001, la construcción de un mundo post-Al Qaeda pasaría también, a la hora de diseñar una nueva estrategia de seguridad contraterrorista, por un mejor conocimiento de las redes de pequeño mundo y su funcionamiento.

Una comprensión más profunda del fenómeno del yihadismo internacional, de sus motivaciones y de su articu-

lación en redes puede ayudar a prevenir una sobre-reacción como la que significó declarar dos guerras de final incierto y sostener una costosísima campaña antiterrorista por medios

militares, cuyas consecuencias para el orden internacional sólo empiezan a ser comprendidas una década después.

Una versión previa de este ensayo fue publicada en el Reino Unido con el título de “Redes de mundo pequeño, violencia y ansiedad global”, como capítulo 9 del libro *Terrorismo, seguridad y el poder de las redes informales*, editado por David Martin Jones, Ann Lane y Paul Schulte (Edward Elgar Publishing, 2010), revisada y publicada después por CIDOB. El estudio fue inicialmente concebido y escrito como resultado de un workshop de investigación avanzada financiado por el programa “Ciencia para la Paz y la Seguridad” de la OTAN.

Resumen: En el terreno del estudio académico del terrorismo, como subtema perteneciente a la disciplina de los estudios de seguridad, este documento realiza un análisis de la estructura y funcionamiento de las redes de mundo pequeño que se enmarca en el estado de conocimiento actual de la teoría de redes. Se argumenta la importancia de comprender la naturaleza de estas redes de mundo pequeño y sus maneras de operar como una importante fuente de poder en los asuntos internacionales. Esta investigación sostiene que las respuestas a las amenazas del terror, organizadas tradicionalmente o de manera rígidamente jerárquica, no resultan adecuadas ni eficaces para combatirlo, sobre todo en el contexto de una era de la información que se afianza al calor del complejo y rápido proceso de la globalización.

Este documento se propone aumentar la conciencia del poder e influencia que tienen las redes de mundo pequeño en la era de la información. También argumenta que integrar la identidad y la cultura como factores centrales de su crecimiento y de su carácter evolutivo puede proporcionar alguna idea de cómo construir respuestas políticas que pongan el acento en opciones de poder blando. Asimismo, intenta ofrecer algunos instrumentos de análisis que podrían alimentar ideas orientadas a la acción política con la intención de ir construyendo un mundo “post-Al Qaeda”, y liberar así a nuestras sociedades (y a nuestros políticos) de su miedo actual, actuando preventivamente contra una sobre-reacción en la eventualidad de un gran atentado terrorista como el que presenciamos en 2001 y del que ahora se cumple una década.

Key words: Globalización, seguridad, era de la información, teoría de redes, redes de mundo pequeño, contraterrorismo, Al Qaeda

Versión revisada y actualizada del original en inglés publicado en *Documentos CIDOB, Seguridad y política mundial* en diciembre de 2010.

Introducción

El terrorismo global es hijo del capitalismo global. Paralelamente al desarrollo de una sociedad-red global, fomentada por las nuevas tecnologías de la información y comunicación que emergieron en la década de 1980, un nuevo tipo de terrorismo extremo apareció en el panorama internacional de la posguerra fría. Sus causas son numerosas, desde la democratización de las tecnologías a la redefinición del rol de los estados y sus crisis de soberanía, y a la proliferación de actores no estatales. En todos sus aspectos, es pues un producto de nuestro tiempo. El carácter dual de este periodo de globalización se puede describir como escindido entre el rasgo “vertebrado” del sistema mundial de estado-nación, y una nueva naturaleza de capitalismo mundial del no-estado que puede definirse como “celular”, siguiendo el interesante concepto elaborado por el antropólogo estadounidense Arjun Appadurai. Este teórico ha descrito las esas redes terroristas como “conectadas aunque no dirigidas verticalmente; coordinadas aunque bastante independientes; capaces de replicarse sin contar con estructuras centrales de mando; confusas en sus rasgos de organización central aunque diáfanos en sus estrategias y en sus efectos”. Estas organizaciones, escribe, “se basan claramente en los instrumentos básicos de transferencia de dinero, organización secreta, refugios en el exterior y medios no oficiales de formación y movilización, instrumentos todos ellos que también caracterizan las estrategias de distintos niveles del mundo capitalista” (Appadurai, 2006).

Este nuevo modo de organizar las actividades en todo el mundo ha resultado muy provechoso para una minoría privilegiada de compañías globales y de individuos, y ha traído una prosperidad sin precedentes a mucha gente, ya sea en el sureste de Asia, China o América Latina. Sin embargo, este nuevo fenómeno de organización tuvo también un lado oscuro en términos de seguridad, a la vista de su demostrada capacidad de destrucción, lo que generó la emergencia del terrorismo transnacional con su imprevisibilidad, resiliencia, e impacto diario en los medios de comunicación, así como una habilidad sorprendente para evitar ser rastreado y desactivado. Emergió como una parte del complejo sistema creado por una economía mundial y una globalización altamente comunicadas, descentralizadas, flexibles y transnacionales. Esta forma de terrorismo, que puede caracterizarse como un aspecto emergente de un tipo específico de redes sociales formadas por jóvenes alienados que sufren un proceso de radicalización y crecen tornándose fanáticos listos para el martirio, ha sido capaz de causar muertes indiscriminadas y serios daños a objetivos estratégicos y también a civiles inocentes, en sus países de origen y, aunque en mucha menor medida, en el mundo occidental.

La relativamente escasa comprensión de la dinámica de las redes terroristas, un tratamiento superficial del impacto de sus acciones sobre la opinión pública a través de los medios de masas, tanto en Occidente como en el mundo árabe-isláxico, y su manipulación política por parte de los líderes de algunos gobiernos por razones domésticas, revertió en la desafortunada estrategia de la “guerra contra el terror” como marco de referencia que ha secuestrado la agenda de política internacional durante casi un decenio (2001-2011). Algunos líderes políticos no parecieron ser conscientes de lo que Sun Tzu, hace 2500 años, observó en su icónico libro, *El arte de la guerra*: “No existe ejemplo alguno de un país que haya sacado provecho de una guerra prolongada”. Parece que no tuvieron en cuenta lo que varios siglos después y más cercano a nuestro tiempo, publicara Alexis de Tocqueville en 1840: “Hay dos cosas que la gente democrática siempre encontrará muy dificultosas: empezar una guerra y terminarla.”¹ Hasta que una nueva administración no se hizo cargo del gobierno en la Casa Blanca, la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos no dio por terminada la llamada “guerra contra el terror” en 2010. Las lecciones de este error, que consideramos capital, pueden y deben ser aprendidas. Una mejor comprensión de las dinámicas de las redes y una creciente sensibilidad del rol clave de los medios de comunicación y del comportamiento político puede ayudar a mejorar el gobierno de la seguridad en la posguerra contra el terror

y encaminarnos mejor hacia la consolidación de una estrategia de seguridad para un mundo post-Al Qaeda.

Una mejor comprensión de las dinámicas de las redes y una creciente sensibilidad del rol clave de los medios de comunicación, así como del comportamiento político, puede ayudar a mejorar el gobierno de la seguridad en la posguerra contra el terror y encaminarnos mejor hacia la consolidación de una estrategia de seguridad para un mundo post-Al Qaeda

El objetivo del presente ensayo no es otro que arrojar cierta luz sobre esta cuestión, desde una visión general de lo que se conoce sobre la dinámica y la topología de las redes. Desarrollaremos algunos elementos que la teoría del mundo pequeño puede aportar en términos de análisis y comprensión, ya que las redes terroristas están cada vez más

asociadas a este tipo de estructura autoorganizada. Mostraremos cómo las redes de mundo pequeño pueden ser muy eficientes, pueden manejar muy bien información sensible, y son muy difíciles de abordar y desarticular. Discutiremos cómo la estructura y la dinámica de esas redes de violencia colectiva afectan directamente a su comportamiento. También intentaremos mostrar por qué la génesis, morfología y topología de esas redes debería ser estudiada y entendida a fin de que el sistema de gobierno basado en derechos y libertades desarrolle una inmunidad ante las actividades de esas redes, a la vista de su desproporcionada capacidad para alterar la economía, los medios de comunicación y la agenda política internacional de nuestras sociedades avanzadas.

1. Alexis de Tocqueville. *Democracy in America*. Vol.2. Capítulo 22. George Lawrence (trad.); J.P. Mayer (ed.). New York. Anchor Books, 1969.

Pero el cuadro no estará completo sin un esfuerzo por entender cómo el contexto tecnológico, socioeconómico y político derivado del capitalismo global está afectando al comportamiento tanto de individuos como de grupos sociales. Así, este análisis tratará de señalar cómo proveyendo una respuesta analógica a un reto digital, y usando estructuras vertebradas para hacer frente a organizaciones celulares, ha resultado a la postre una estrategia de efecto limitado. Como se ha venido argumentando insistentemente, aportar metodología de las ciencias sociales al estudio de este fenómeno resulta crucial para mejorar su comprensión.

Finalmente, quizá sea importante dejar claro al lector que las metáforas biológicas, sociales y de comunicación que se usan en este ensayo no deberían ser tomadas como correlatos exactos. Esto es: la sociedad humana no es un cuerpo celular, ni tampoco un programa informático. Puede que compartan algunas similitudes estructurales, pero las relaciones sociales deberían estudiarse empíricamente por sí mismas, no sólo mediante modelos biológicos, matemáticos o tecnológicos. Aquí los usamos para facilitar la comprensión a través de la analogía, pero ellos no nos darán por sí solos un cuadro completo. Es combinando esa analogía con los aspectos sociológicos y fisiológicos de las redes de terror y sus participantes que podemos comprender sus implicaciones como un producto complejo de nuestra era global.

Redes, medios de comunicación y el factor local

En su esencia, las redes son comunicación. La propia vida tiene que ver con una red de elementos relacionados que están en permanente comunicación. El intercambio de comunicación es esencial tanto para la supervivencia como para la evolución. La más sencilla forma de vida está basada en información contenida en una célula envuelta por una membrana de proteínas que es, en cierto grado, permeable al medio que la rodea. Y permeabilidad significa capacidad de comunicarse con el mundo exterior. Esto, a su vez, tiene que ver con la termodinámica y la entropía: todo sistema aislado tenderá a una distribución del desorden y, eventualmente, al colapso. Es sólo a través de la interacción y la permeabilidad, es decir, a través de la comunicación, que los sistemas consiguen sobrevivir, crecer y desarrollarse. Nuestro sistema social, también basado en un complejo sistema de comunicación e interacción, ha vivido un rápido desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación desde 1980. Esto ha activado una proliferación de redes tan extensa que controlar sus dinámicas excede los clásicos métodos de inteligencia, haciendo muy difícil predecir dónde y cuándo aparecen, para qué propósito, y cómo mutan, se reconfiguran o súbitamente desaparecen para luego reaparecer inesperadamente en otro lugar. La a menudo baja calidad de la inteligencia civil y militar es debida no sólo a un frecuente prejuicio contra ciertos grupos de personas, a métodos de análisis obsoletos y a veces a la escasa calidad de fuentes y datos, sino a una pérdida general de contraste

Una escasa comprensión del “factor local” que conforma las redes informales en Irak, Afganistán o allá donde se encuentren, ha pasado a ser uno de los inesperados desafíos de la campaña contra el terrorismo

riguroso y de retroalimentación en base a opiniones externas, atribuible a la naturaleza secreta y autocontenida de la disciplina. Las consecuencias se dejan sentir en todos los niveles de la sociedad. Desde flujos financieros y bandas criminales a terrorismo transnacional, la cuestión de cómo entendemos las dinámicas autoorganizadas y la naturaleza celular de las redes resulta central, si es que queremos asegurar una comprensión práctica de su efectividad y anticipar futuras consecuencias de sus comportamientos en nuestro sistema político, aún hoy “vertebrado” por estados-nación.

La abundancia de sistemas de comunicación baratos, de fácil acceso y alta eficiencia ha tenido un particular impacto en la dinámica de las redes, especialmente en un momento en que redes ligeras y flexibles se están configurando para hacer frente y desafiar a estructuras jerárquicas tradicionales como son los sistemas de estado-nación, las policías y los ejércitos nacionales, todos ellos heredados de la era moderna. Ese estado asimétrico de las cosas, acentuado durante los últimos años, ha puesto en cuestión las formas tradicionales de organizar la seguridad. No hay duda de que la e-vigilancia y la explotación de las minas de datos extraídos de sitios web identificados, sitios chat e individuos sospechosos están haciendo su trabajo, pero la combinación de redes rápidas, ágiles y opacas y un sistema de *mass-media* crecientemente ubicuo e influyente puede ser letal, como se demostró el 11-

S. Uno de los problemas clave para hacer frente al terrorismo es la fascinación de los *mass-media* por la acción violenta espectacular, puesto que magnifican exponencialmente la acción al reproducirla hasta en sus mínimos detalles, causando un impacto sobreamplificado. Este, efectivamente, es el efecto que el terrorista

desea. Si los activistas cometen suicidio en nombre del martirio, y si además están o se reclaman remotamente conectados a Al Qaeda, entonces consiguen magnificar y amplificar su efecto más allá de su propósito inicial de morir matando.

La autoinmolación criminal con intencionalidad política no es nueva: el primer suicidio registrado con fines políticos es el del bíblico Sansón, que echó abajo el templo de Dagon matándose a sí mismo y a los filisteos. Este fue ya un acto de terror con consecuencias políticas. Talal Asad observa que este relato, que incluía la matanza de un gran número de inocentes, es referido en la Biblia como un acto de triunfo. Es un suicidio religioso a través del cual los enemigos de Dios resultan muertos gracias a la asistencia del Señor y, como consecuencia, un nuevo orden político es establecido. “El acto final de Sansón redime no sólo su estatus heroico sino también la libertad de su gente” (Asad, 2007). Así pues, la idea de cometer suicidio para matar a gente inocente por razones religiosas y políticas no es nueva. Lo que es nuevo es que llevar a cabo semejante acto es hoy relativamente fácil y no particularmente oneroso para cualquier grupo de personas, por otro lado corrientes, que decidan penetrar por los agujeros de seguridad, coger por sorpresa el objetivo atacado y producir efectos catastróficos. La propensión mediática a magnificar

las acciones terroristas de violencia extrema, convirtiéndolas en un fenómeno voyeurístico chocante, aumenta el alcance de sus objetivos, uno de los cuales no es otro que el de forzar a las autoridades a reaccionar con desmesura. Las imágenes de la destrucción de las torres gemelas, como iconos que fueran del superpoder estadounidense, transmitidas en directo en las pantallas de televisión de todo el planeta, envían un poderoso mensaje al mundo entero: esta es una nueva era con nuevos actores, una era en la que incluso el único superpoder que quedaba puede ser duramente golpeado en su propia casa. La audiencia global sufrió los devastadores efectos psicológicos y emocionales de las imágenes, efectos que fueron mucho más allá que los daños y víctimas directas causadas por el ataque, cuyo impacto, aunque demoledor, se circunscribe a familiares y amigos más que afectar estructuralmente al funcionamiento de una ciudad o un país. Pero la declaración subsiguiente, por parte de la administración Bush, de una “guerra global contra el terror” creó las condiciones que permitieron a los terroristas legitimar su acción y extender desmesuradamente su alcance. Al mismo tiempo, los terroristas quizá subestimaron el impacto de los sucesos del 11-S y la determinación de Estados Unidos de abordar con violencia militar las cuestiones planteadas. Puede que ninguno de ambos bandos tomara en consideración la tercera ley de Newton según la cual para cada acción de fuerza hay una fuerza de reacción “igual y contraria”.

Una escasa comprensión del “factor local” que conforma las redes informales en Irak, Afganistán o allá donde se encuentren, ha pasado a ser uno de los inesperados desafíos de la campaña contra el terrorismo. El análisis sociológico –cuando no antropológico– y el uso de la metodología de las ciencias sociales puede ayudar a construir una estrategia adecuada donde comprender la visión del mundo del oponente se convierte en una herramienta clave para no cometer mayores errores. El rol de los medios de comunicación también es crítico en esta aproximación. Ha quedado claro que la “guerra contra el terror” perdió la batalla clave, que no es otra que la de las “emociones” o, en su expresión inglesa, de los “hearts and minds” (Tatham, 2006). La administración Obama se ha esforzado en paliar los importantes daños producidos, no sólo en bajas personales y detrimentos logísticos, sino también a nivel simbólico e imaginario. Una vez el monopolio de la imagen se ha perdido a favor de Internet, las televisiones por cable y satélite, las cámaras de móvil y otros aparatos electrónicos de imagen digital, el prestigio de la supuesta “superioridad moral” de los valores occidentales –derechos humanos, libertades, democracia e imperio de la ley– ha sido la principal víctima de esta confrontación. Aunque el doble rasero forma parte de la naturaleza de las relaciones internacionales, el resentimiento contra las contradictorias –si no hipócritas– políticas occidentales se puede encontrar en todas partes, empezando por el conflicto palestino-israelí, mencionado explícitamente por Osama Bin Laden como una de las justificaciones para la yihad global contra Estados Unidos y el Occidente infiel. La arrogancia que supone menos-

preciar la narrativa de Al Jazeera y de las televisiones locales al contar la historia de la guerra socava los esfuerzos cotidianos de las tropas sobre el terreno.

Existe entonces una clara falta de comprensión sobre cómo las dinámicas locales actúan y evolucionan bajo condiciones de desorden. Con gran motivación, profunda implicación personal y los enlaces y contactos adecuados, grupos terroristas de todo tipo proliferaron, alimentados por las redes de información informal existentes, tecnología de comunicación de fácil acceso e intensa propaganda yihadista. Allí donde el contexto es inestable –esto es en estados débiles con instituciones inmaduras y estructuras de poder corruptas– el reto puede pasar a ser abrumador, como se ha visto últimamente en Afganistán, Pakistán, Somalia o Yemen.

Obviamente, las células terroristas también pueden desarrollarse en las ciudades occidentales y mostrar patrones muy distintos. Las redes pueden estar integradas bien sea por gente sofisticada (como lo eran doctores bien educados pertenecientes a la diáspora pakistaní), o bien por inmigrantes marroquíes de extracción humilde, como se ha visto en Inglaterra o en España, respectivamente. Vale la pena recordar la simplicidad de la narrativa y la humildad de los medios requeridos para articular una red capaz de un acto terrorista tan devastador como el de los trenes ata-

cados en Madrid en marzo de 2004. Este caso ilustra cómo una célula puede operar con poco más que inspiración y determinación. Una banda de cofrades, colegas que coinciden con frecuencia en un laboratorio, inspirados probablemente por algún documento islamista colgado en un sitio web radical, deciden reunir a

un grupo de conocidos –originarios en su mayor parte de la ciudad marroquí de Tetuán– dispuestos a entrar en acción. Aparentemente, la red tuvo tres líderes –dos marroquíes (un estudiante de doctorado becado por la Agencia Española de Cooperación Internacional y un pequeño traficante de drogas) y un argelino, exmiembro del GIA (Grupo Islámico Armado) que aparentemente conservaba algunas antiguas conexiones con yihadistas internacionales más o menos ligados a la nebulosa de Al Qaeda. Ulteriores investigaciones parecen establecer una conexión más estrecha con los dirigentes de Al Qaeda en el norte de Waziristán a través de un activista, Amar Azizi, particularmente bien conectado a las redes de terror norteafricanas. En cualquier caso, el resultado fue una red de unas cuarenta personas, de las cuales veinticinco se vieron directamente envueltas en la acción. El activista a cargo de la logística y el financiamiento –el traficante de drogas– conocía a un pequeño delincuente local que tenía acceso a algunos explosivos robados de una mina de Asturias, en la costa norte española. A cambio de algo de hachís se avino a conseguir los explosivos y los detonadores que, una vez conectados a teléfonos móviles muy básicos y baratos, fueron introducidos por otros activistas en mochilas en los trenes, abandonándolas en el suelo para bajarse en la siguiente estación. Una simple llamada a cada uno de los

La profunda interconexión y los estrechos lazos entre terrorismo, política y medios de comunicación hace difícil predecir las consecuencias de acciones que frecuentemente siguen lo que los físicos llamarían un patrón no lineal

móviles hizo el resto. Se ha calculado entre 41.000 y 54.000 euros el coste total de la operación (Corte & Jordán, 2007). Como resultado, 191 personas murieron y unas 2.000 fueron heridas.

Es este un claro ejemplo de cómo una red espontánea, auto-organizada, con escasas conexiones con la yihad dirigida por Al Qaeda, puede causar graves daños a nuestras sociedades abiertas. Además del efecto letal de las bombas, la acción provocó errores capitales de comunicación por parte del gobierno de turno, que terminaron por afectar a los resultados de las elecciones generales que se celebraban en el país dos días después del atentado. El gobierno español consideró que admitir el origen islamista radical del atentado era contrario a sus intereses electorales; no pudiendo obviar la conexión que rápidamente se estableció en la mente de los ciudadanos entre su política de apoyo entusiasta a la intervención anglo-americana en Irak y la explosión de los convoyes. Calculando el rédito electoral que ello supondría, el presidente del gobierno y su comité de crisis decidió culpar a la organización terrorista vasca ETA, a pesar de que las evidencias que confirmaban la autoría islamista se filtraron rápidamente a la prensa. Un efecto no anticipado de la acción criminal fue, en consecuencia, que esa pequeña red espontánea pudiese proclamar, en medio de la histeria colectiva, que había conseguido ni más ni menos que derrocar al gobierno de un país occidental. El nuevo presidente electo cumplió la promesa, formulada en campaña electoral, de retirar inmediatamente las tropas españolas de la Coalición en Irak. Aunque muy diferente en términos de complejidad logística y en escala a los eventos de 11-S, este suceso ilustra elocuentemente la poderosa interacción entre acción terrorista, cobertura mediática y sobre-reacción política.

Este ejemplo es particularmente interesante por lo que nos muestra del carácter autoorganizativo de estas redes. Este carácter es lo que permite al fenómeno evolucionar libremente hacia una red de mundo pequeño –o incluso hacia una red de redes–, una red que acaba desarrollando una impresionante resiliencia y una flexibilidad permanente. Pero entender estas dinámicas y anticipar su actuación es difícil a causa precisamente de que estos complejos fenómenos sociales están todavía poco estudiados, quizás en parte debido a su naturaleza “emergente” (Johnson, 2001). En este sentido, la investigación de los profesores Christakis y Fowler (2009) ha establecido que las redes sociales tienen propiedades emergentes, siendo éstas “nuevos atributos de un todo que surge de la interacción e interconexión de las partes”². La profunda

interconexión y los estrechos lazos entre terrorismo, política y medios de comunicación hace difícil predecir las consecuencias de acciones que frecuentemente siguen lo que los físicos llamarían un patrón no lineal, un patrón en el que lógica y sentido común no son aplicables a una compleja dinámica que opera “al borde del caos”. La combinación, en las acciones terroristas, de proliferación en red y resultados impredecibles es extraordinaria y requiere ulteriores análisis.

Topología y dinámica de las redes de mundo pequeño

A fin de arrojar alguna luz sobre las redes terroristas que se han desarrollado desde 2001, podría ser de utilidad observar cómo una red social informal puede ser establecida y evolucionar fácilmente hacia una red de mundo pequeño. Para complementar el ejemplo de la red que organizó los ataques a los trenes en Madrid, tomaremos un caso extraño de la vida cotidiana de un hombre de la calle, al que llamaremos K. El relato pretende ilustrar cómo una red social informal puede nacer y crecer a partir de una idea y motivación muy simples, y cómo un nodo modesto puede llegar a convertirse en un eje. La historia es como sigue.

K nació un 17 de septiembre. Cuando era niño, la fecha coincidía con el comienzo del nuevo año escolar, el día que muchos niños asociaban con el final de las vacaciones de verano. Más adelante, empezando con el veintiséis aniversario de K, este espíritu de *rentrée* proveyó la excusa para la celebración anual del final de verano con el reencuentro de un grupo de amigos, aprovechando que todos ellos tenían ganas de verse tras la pausa veraniega. Todos los años el reto era reunir a tanta gente como el número de años que K. cumplía. A los 26 era tarea sencilla, y más fácil fue todavía a los 30 o 35. Entonces, cuando de las parejas nacieron hijos y la gente se hacía mayor, se hizo más difícil. Afortunadamente, la *soirée de rentrée* se había hecho popular entre amigos y conocidos, y a través de esos encuentros había nacido un tipo de red informal, un tipo de red que se encontraba una vez al año con viejos y nuevos amigos, incorporando año tras año a gente inesperada.

El año que cumplió 46, 20 años después de la primera fiesta, K necesitaba reunir 46 personas nuevas si quería cumplir el ya tradicional objetivo. K había cambiado de trabajo cada dos años de promedio en los anteriores diez años así que había un constante flujo cambiante de personas que entraban y salían del grupo social. Asumiendo que todos los años K lograba reunir el número de personas nuevas correspondiente a su edad, entonces 755 personas ($26+27+28+n+1$

El principio director sería el siguiente: el diseño de la red, su estructura, afecta inevitablemente a su funcionamiento y modela su dinámica

2. “La idea de emergencia puede ser comprendida mediante una analogía: Un pastel tiene un sabor que no se halla en ninguno de sus ingredientes. Su gusto no es simplemente la mezcla de los sabores de sus ingredientes –algo así, para entendernos, a medio camino entre harina y huevos. Es bastante más que eso. El sabor de un pastel trasciende la simple suma de sus ingredientes. Asimismo, comprender las redes sociales nos permite

entender cómo, en el caso del ser humano, el todo pasa a ser mayor que la suma de sus partes” (Christakis & Fowler, 2009).

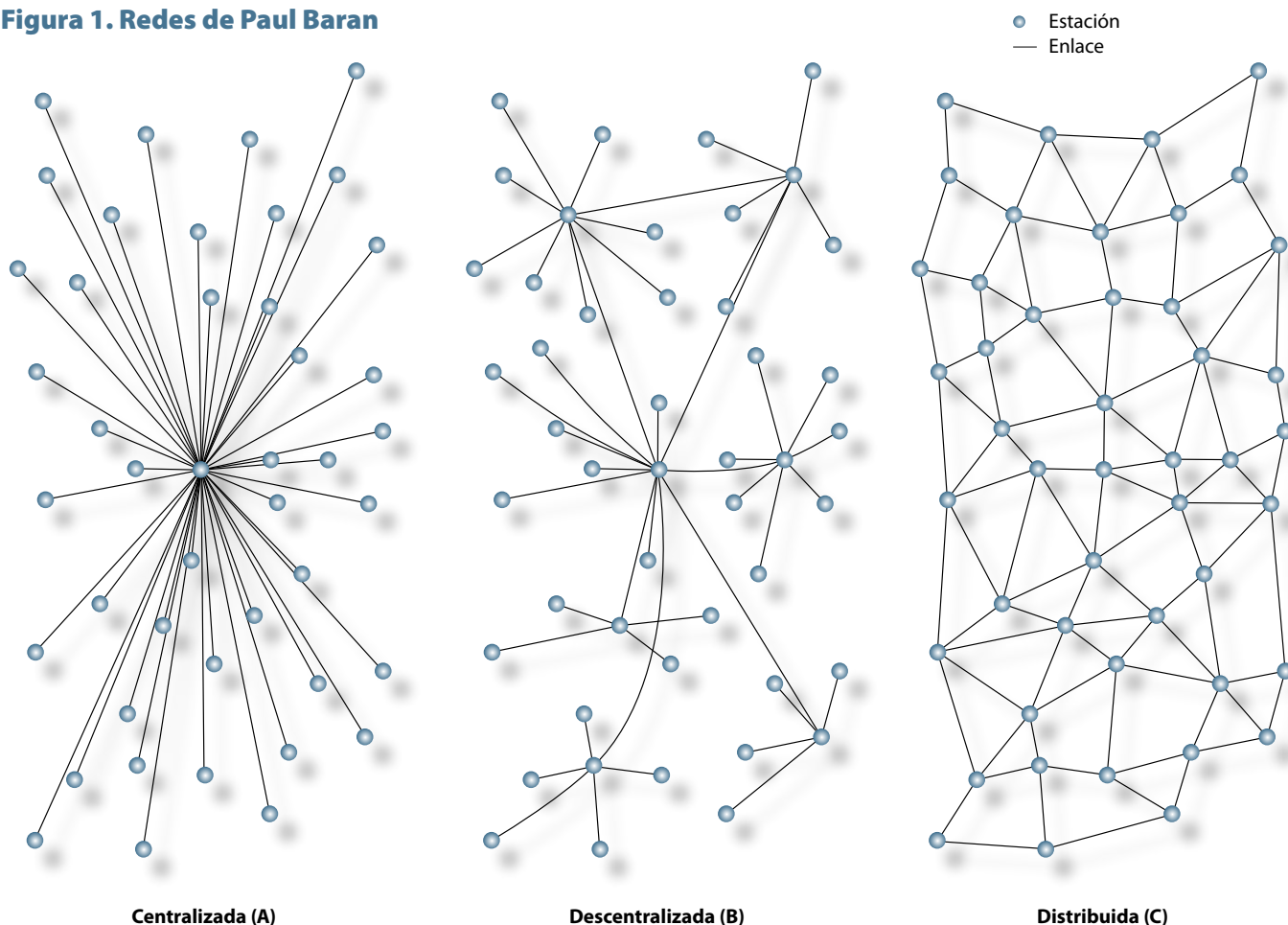
hasta 46) habrían asistido a la fiesta en alguna ocasión. Según el año, la asistencia podría haber superado el número correspondiente. Los sociólogos calculan que una persona normal tendría 200 y 1.000 conexiones dependiendo, entre otras cosas, de su carácter, su profesión y su estatus social. Cuanto más extrovertido, liberal y rico se es, más conexiones se tienen. Si el promedio, en el caso particular de la red de K, fuese unas modestas 50 conexiones diferentes por asistente al encuentro, hay una red potencial de 37.750 personas (50×755) que por lo menos conoce a alguien que ha asistido a ese evento concreto.

Una de las consecuencias de este relativamente elevado número de conexiones es que, durante el encuentro, la gente

John Guare que contribuyó a la divulgación y aceptación del concepto de redes complejas, dice algo importante con respecto a la aproximación al concepto de mundo pequeño. Hacia el final de la obra, el personaje Ouisa Kittredge pronuncia su famoso monólogo, diciendo:

“(…) leí no sé dónde que todo el mundo en este planeta está separado de los demás por sólo seis otras personas. Seis grados de separación. Entre nosotros y cada persona en este planeta. El presidente de Estados Unidos. Un gondolero de Venecia... No me refiero sólo a grandes nombres; sino a cualquier persona. Un indígena en la selva. Un habitante de Tierra del Fuego. Un esquimal. Estoy unido a cualquier persona de este planeta por una cadena de seis

Figura 1. Redes de Paul Baran



Fuente: Barabási, 2002: 145

coincide inesperadamente con alguien que nunca hubiera imaginado encontrarse en este sitio en particular. En consecuencia, se podría afirmar que K (o, más precisamente, la fiesta de K) se ha convertido en un conector, un eje que acorta la distancia entre un nodo y otro nodo. Esto nos lleva a la constatación de que un número asombrosamente corto de enlaces separa un ser humano de otro, una característica principal de las redes de mundo pequeño en las que unos pocos nodos concentran un gran número de conexiones, facilitando así la conectividad del conjunto. La famosa historia de los “seis grados de separación”, una obra de

personas. Es un pensamiento profundo... Cómo cada persona representa una puerta nueva, que se abre a otro mundo” (Guare, 1991).

La obra de Guare estaba inspirada por los hallazgos de Stanley Milgram, un profesor de Harvard que, en 1967, se propuso establecer la “distancia” entre cada dos personas en los Estados Unidos. Demostró que el número medio de personas intermedias era 5,5. Redondeándolo a 6 aparece el famoso concepto de “seis grados de separación”. La obra de teatro del mismo nombre fue escrita en 1991, tuvo un

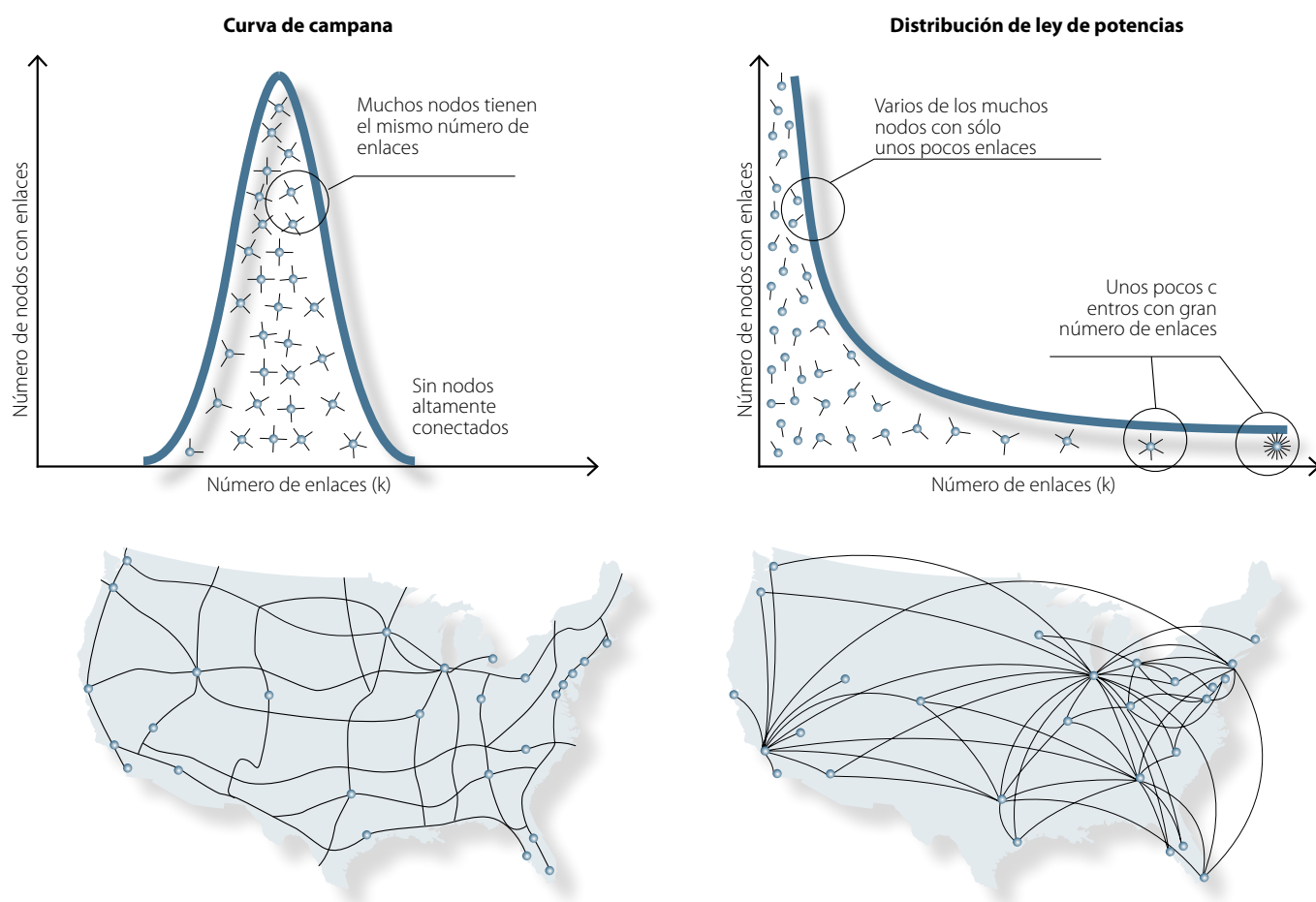
gran éxito en Broadway y luego fue llevada a la gran pantalla en una película que tuvo una importante distribución y, a la postre, popularizó el concepto. Ulteriores investigaciones en la teoría de los seis grados de separación muestran que la propagación de la influencia en las redes sociales obedece a lo que se denomina “Regla de los tres grados de influencia”:

“Todo lo que hacemos o decimos a través de nuestra red, tiene un impacto en nuestros amigos (un grado), los amigos de nuestros amigos (dos grados), o incluso los amigos de los amigos de nuestros amigos (tres grados). Nuestra influencia se disipa gradualmente y deja de tener un efecto notorio en la gente situada más allá de la frontera social que significa los

conoce –o con más probabilidad a alguien que conoce a alguien que uno conoce– exclama “¡Qué pequeño es el mundo!” La expresión castellana “el mundo es un pañuelo” es más metafórica al ilustrar lo que literalmente dice con un pañuelo, que es verdaderamente un pedazo de tela muy modesto. Pero, más allá de la anécdota, la idea de un mundo pequeño donde todo el mundo está conectado a todo el mundo mediante una corta cadena de intermediarios tiene grandes implicaciones cuando se mira seriamente desde la perspectiva de la ciencia de las redes. Tal como Steven Strogatz, profesor de matemáticas aplicadas en la Universidad de Cornell, establece:

“(…) el fenómeno del mundo pequeño es mucho más que

Figura 2. Redes aleatorias y redes libres de escala



Fuente: Barabási, 2002: 71

tres grados de separación. Asimismo, estamos influenciados por amigos con tres grados pero generalmente no por aquellos situados más allá de los tres grados. La regla de los tres grados se aplica a un amplio registro de actitudes, sentimientos y comportamientos, y se aplica a un conjunto de fenómenos tan diverso como la opinión política, el ganar peso, o la felicidad” (Christakis & Fowler, 2009: 28).

Pero la idea de la existencia de un “mundo pequeño” existía ya en la mente de la gente mucho tiempo atrás. Cuando uno encuentra lejos de casa, por casualidad, a alguien que

una curiosidad de la vida social. Es un rasgo unificador de diversas redes que se encuentra en la naturaleza y en la tecnología. (...) muchos científicos han empezado a explorar las implicaciones de la conectividad de mundo pequeño gracias a la propagación de una enfermedad infecciosa, la difusión de Internet o la resistencia de los ecosistemas” (Strogatz, 2003).

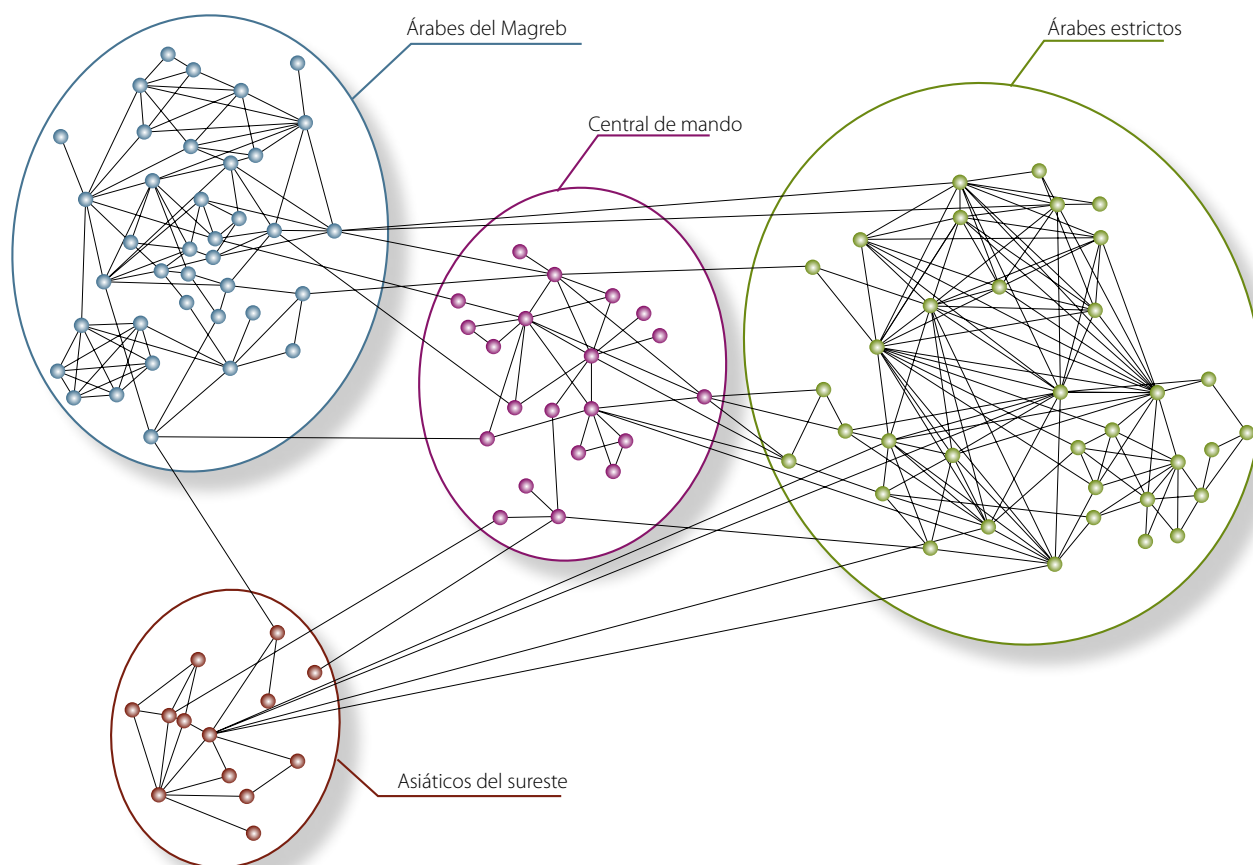
Esta línea argumental fomenta la conclusión de que vivimos en un mundo donde nadie se halla más allá de unos pocos apretones de mano de cualquier otra persona. Nues-

tro mundo, que contiene casi 7.000 millones de personas³, puede ser fácilmente navegado siguiendo enlaces sociales, una red de 7.000 millones de nodos en la cual cada par de nodos está a seis enlaces de medios de comunicación de cada otro. Esto resulta bastante misterioso, y precisa cierta abstracción teórica para entender cómo funciona. Para describir la estructura de la red y edificar escenarios de su evolución y dinámica propia, es necesario adquirir una visión general de su arquitectura. El principio director sería el siguiente: el diseño de la red, su estructura, afecta inevitablemente a su funcionamiento y modela su dinámica.

Mientras trabajaba en la RAND Corporation a principios de los sesenta, el inspirador de Internet, Paul Baran, fue requerido para desarrollar un sistema de comunicación que asegurase

mantendrían el resto de nodos conectados en el sistema. Si uno de los nodos se desconecta, la red se reconfigura a sí misma, mostrando una resistencia asombrosa. Esta característica tuvo una influencia clave en el modo en que Internet creció y pasó a ser el sistema de comunicación dominante de nuestro tiempo, un sistema que está moldeando la manera en que hoy funcionan redes de todo tipo, reestructurando a la sociedad entera. Este es el motivo por el que es tan difícil enfrentarse a una red criminal o terrorista que tenga una arquitectura distribuida, dado que esta configuración implica que no es suficiente desarticular algunos nodos, por muy importantes que sean, para acabar definitivamente con ella. Cuando se hace frente una red de tipo “mundo pequeño”, y se busca un impacto real, es necesario atacar el centro (hub) o centros existentes, donde se concentran el mayor número de conexiones o enlaces. Si

Figura 3. La red global salafista descrita por Mark Sageman



Fuente: Sageman, 2004: 138

el control del mando en caso de ataque nuclear. Buscando una estructura óptima para una red de comunicación entre ordenadores, describió tres posibles arquitecturas, tal como muestra la figura 1. Las redes centralizada y descentralizada eran demasiado vulnerables, mientras que la distribuida resultaba lo bastante flexible como para resistir la caída de algunos de sus nodos, puesto que la existencia de caminos alternativos

se falla con los principales hubs, la red es capaz de mostrarse muy elástica y reconfigurarse muy rápidamente, tal como se ha observado con la red de Al Qaeda, que se reconfiguraba a sí misma a varios niveles y en diferentes regiones.

Estudios recientes han confirmado la complejidad que supone intervenir tales redes⁴. Pueden evolucionar fácilmente hacia re-

3. <http://www.census.gov/main/www/poplock.html> (exactamente 6.957.741.734 el 25 agosto de 2011)

4. “De hecho, las redes complejas son el lugar natural de las formas de comportamiento de grupo más misteriosas para la ciencia actual. Si en el futuro llega

des de mundo pequeño, son muy eficientes en manejar información y puede llegar a ser muy difícil hacerles frente, mientras que su tipología, siguiendo las investigaciones de Marc Sageman, es “capaz de adaptarse a circunstancias cambiantes y salvar obstáculos imprevistos en la ejecución de sus planes generales” conservando la información original. Sageman argumenta que:

“(…) la topología autoorganizada de hubs y nodos de redes de mundo pequeño, o la densa topología de una banda criminal desarrolla muy bien esa función (la de manejar información). Las comunicaciones entre varios nodos son posibles horizontalmente, permitiéndoles resolver localmente su problema sin tener que consultar la central de mando y sin saturar los enlaces verticales de comunicación. Esa flexibilidad e iniciativa local de las redes de mundo pequeño o de las bandas criminales contrasta con la rigidez de las jerarquías, que no se adaptan bien a la ambigüedad, si bien resultan excelentes para ejercer control.” (Sageman, 2004).

Este tipo de carácter anárquico y aleatorio de la construcción de una red y su modo de actuar, representa una dificultad mayor que debe ser abordada de modo multidisciplinar. La experiencia demuestra que es posible reconocer, e incluso escudriñar, una red de este tipo, pero que no es posible controlarla o degradarla desde el exterior.

Si analizamos más de cerca esta dificultad podemos observar cómo la construcción de la red tiene a la vez un crecimiento espontáneo y una estructura dinámica: la presencia de orígenes geográficos y socioeconómicos diversos, desde individuos adinerados que lideran la causa a criminales comunes o doctores de clase media que actúan por su cuenta, añade complejidad al sistema y nos obliga a incluir en nuestro análisis una visión multidimensional, de varios niveles. John Arquilla y David Rondfelt, en sus estudios sobre *netwar* o “guerra de redes”, junto a los aspectos organizacionales, han establecido lo siguiente:

“(…) los argumentos teóricos y la práctica entre actores de la guerra de redes indican que el diseño y actuación de dichas redes depende de lo que ocurra a través de cinco niveles de análisis (que son también niveles de práctica):

- Nivel organizacional –su diseño organizacional
- Nivel narrativo –la historia que se está contando

- Nivel doctrinal –las estrategias y métodos colaborativos
- Nivel tecnológico –los sistemas de información al uso
- Nivel social –los lazos personales que aseguran lealtad y confianza

La fuerza de una red (...) depende en su funcionamiento de estos cinco niveles. Las redes más robustas serán aquellas en las que el diseño organizacional está sustentado por una historia de éxito y una doctrina bien definida, en el que todo está estratificado por sistemas de comunicación avanzados y descansa en fuertes lazos personales y sociales en la base.”

La teoría de redes ha evolucionado sustancialmente desde 1990 y, partiendo de la descripción de la red como un fenómeno estático, ha pasado a considerarla como un sistema incremental, desde la actuación aleatoria a un comportamiento libre de escala. Llegados a este punto, puede ser útil pasar de observar el comportamiento de la red a describir su estructura y topología si queremos, siguiendo al importante teórico de las redes en la Universidad de Notre Dame, Laszlo Barabási (2002), “entender los mecanismos que pautan la evolución de la red”.

Como muestra la figura 2., la distribución de una red aleatoria

sigue una curva de campana, lo cual demuestra que muchos nodos tienen el mismo número de enlaces, y nodos con un extenso número de enlaces prácticamente no existen (arriba, izquierda). Así pues, es similar a una red nacional de carreteras, en la que los nodos son ciudades, y los enlaces son las principales carreteras directamente conectadas a ellas. Asimismo, muchas ciudades están dotadas de aproximadamente el mismo número de carreteras

(izquierda). En cambio, la distribución de ley de potencias de una red libre de escalas predice que muchas de ellas sólo tienen unos pocos enlaces, unidos por unos pocos hubs altamente conectados (arriba a la derecha). Visualmente esto es muy similar al sistema de tráfico aéreo, en el que un gran número de pequeños aeropuertos están conectados entre ellos mediante unos pocos hubs principales (derecha) (Barabási, 2002: 71). Uno de los problemas cada vez más citado como tendencia perversa del capitalismo libertario, conocido como el *long tail problem* (problema de la cola larga), es que la topología de red de mundo pequeño que adquieren las corporaciones operando en un sector específico –telecomunicaciones, energía, alimentación– es cada vez menos distribuida, menos “democrática” en

Sociedades tradicionales, cerradas, incluso siendo relativamente ricas, experimentan un sentido de desajuste con la velocidad de los cambios provocados por el mundo global, y se ven sumidas en crisis de identidad y representación que las han llevado a dejarse tentar por lo que ha venido a denominarse “utopías regresivas”

el día en que entendamos cómo emerge la vida de un baile químico inanimado, o cómo surge la conciencia entre billones de inconscientes neuronas, este entendimiento residirá con certeza en una profunda teoría de las redes complejas. Por el momento, tal teoría es casi inconcebible.” Strogatz, 232

5. John Arquilla y David Rondfelt (1999) “Networks, Netwar and the fight for the future”, http://firstmonday.org/issue6_10/rondfelt/index.html

el sentido de que muy pocos nodos concentran la mayoría de conexiones, lo que es lo mismo que decir que muy pocas corporaciones concentran un gran número de clientes, tendiendo al *cartel* o al monopolio del mercado. Esto genera marginalización en el sentido de que los nodos marginales tienden a convertirse en aún más marginales, y eventualmente desaparecen de nuestro foco (por ejemplo en Google, que organiza su información mediante conectividad) y pueden fácilmente desvanecerse o simplemente permanecer ocultos.

Siguiendo este argumento vemos que en general las redes están siendo descritas cada vez más como redes de mundo pequeño. En la descripción de Sageman del aspecto de la red de la yihad global salafista, la yihad viene descrita “no como una organización específica, sino como un movimiento social consistente en una serie de organizaciones más o menos formales”, antes de proceder a refinar el análisis de las redes sociales para concluir que “los nodos más conectados, denominados hubs, son un componente importante de una red terrorista. Unos pocos hubs altamente conectados dominan la arquitectura de la yihad global salafista” (Sageman, 2004: 137-138).

Quizá el punto más interesante de la arquitectura de Al Qaeda mostrado en la figura 3. es que no fue planeada ni ejecutada desde arriba, sino que más bien fue el producto ascendente (*bottom-up*) de las circunstancias cambiantes del entorno nacional e internacional que conllevó la globalización. Esta cualidad *bottom-up* se observó cada vez con más frecuencia en la nueva generación de redes yihadistas que parecían haberse diseminado internacionalmente, coincidiendo sobre todo con la guerra de Irak. No obstante, los párrafos previos parecen llevar a la conclusión provisional de que, en la teoría de redes, suele haber un énfasis excesivo en la estructura, en los nodos, hubs y grupos clave, pero hay poco análisis de la *naturaleza* de las relaciones sociales que establecen dichos enlaces. Aquí es donde se debería invertir un mayor esfuerzo en investigación. Incluso los enlaces virtuales, a semejanza de las relaciones cara a cara, varían en cuanto a sus cualidades (formal-informal, jerárquica-horizontal, parentesco, género, raza, orientadas por interés, por identidad, etc.). Esta diversidad define la esencia de las diferentes redes, aunque puedan compartir la misma estructura de mundo pequeño.

Globalización, violencia e identidad

Dos son los conceptos decisivos que ayudan a esclarecer la naturaleza de las cuestiones que surgen al estudiar las redes contemporáneas desde el punto de vista de la conexión entre violencia e identidad. Por una parte existe una aceleración

en las interconexiones e interrelaciones que, en el ámbito de las percepciones psicológicas individuales, está “acortando” nuestro tiempo. Por otro lado, este aumento de la velocidad tiene un importante impacto al “reducir” nuestro espacio: las distancias cuentan cada vez menos. Aparatos de comunicación portátiles cada vez más pequeños, ligeros y sofisticados tienen también un rol muy importante en las movilizaciones sociales y la circulación de información, como hemos estado comprobando recientemente. El modelo psicológico clásico de espacio-tiempo que se usaba para comprender la realidad ha quedado obsoleto. Esto tiene importantes consecuencias para la construcción de la identidad de individuos o grupos particularmente vulnerables, que pueden desembocar en la radicalización y eventualmente en el uso de la violencia extrema como reacción ante la creciente incertidumbre. A fin de minimizar esta amenaza, es muy importante que se construyan nuevas herramientas conceptuales que ayuden a entender e interpretar realidades distintas.

Todo tipo de redes continúan apareciendo a diario. Alimentadas por Internet, agrupadas en chats, animadas por sitios web y otros espacios virtuales, todos los días crecen multitud de redes, en incremento constante, nodo por nodo, incluso “cara a cara” como se ha visto con la expansión acelerada de Facebook. En la sección anterior hemos visto cómo se necesitan sólo unos pocos nodos y, en el momento en que por lo menos uno de ellos está enlazado con un conector (o hub), enseguida

aparece una red que funciona, una red seminal de mundo pequeño con un gran potencial de crecimiento espontáneo. No obstante, las redes sociales de individuos han existido a lo largo de toda la historia humana, siempre condicionadas por el tiempo y el espacio. Simultaneidad y proximidad (contacto personal cara a cara) eran consustanciales. Lo que ahora ha cambiado, lo que es nuevo, es la variedad de alcances y escalas de interconectividad que se pueden desarrollar y funcionar de modo asincrónico y a larga distancia.

Sabemos que las comunidades desarrollan modelos de interacción social definidos

como “redes de lazos interpersonales que proveen sociabilidad, información de apoyo, un sentido de pertenencia e identidad social”⁶. Los miembros más activos de la red son aquéllos que conforman su estructura y controlan su dinámica y orientación. Resulta entonces que la red estará moldeada por sus usuarios, y los usuarios moldeados por la red. Entender la estructura y función de las redes sociales nos ayuda así a comprender ciertas reglas que afectan a la

El uso intensivo de herramientas de comunicación de Internet o la cada vez menos necesaria obligación de contactar con algún veterano de Al Qaeda o viajar a un campo de entrenamiento, hizo que organizar un complot y declarar la paternidad de Al Qaeda fuera mucho más fácil que en el pasado. Por consiguiente, esta “desterritorialización” fomentó una gran incertidumbre y confusión sobre quién está y quién no directamente vinculado a la matriz genuina de Bin Laden, en qué es y qué no es una franquicia de Al Qaeda

6. Barry Wellman, citado por Manuel Castells (2001), “La galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet.”

manera en que se conectan y se difunden. Es este sentido, Christakis y Fowler han definido cinco reglas de funcionamiento: 1. Nosotros damos forma a nuestra red. 2. Nuestra red nos da forma a nosotros. 3. Nuestros amigos nos afectan. 4. Los amigos de los amigos de nuestros amigos nos afectan; y 5. La red tiene una vida propia (Christakis y Fowler, 2009: 17-25). Las redes de individuos han sido, en cierto modo, impulsadas e incrementadas por el uso de Internet y proliferan a través de foros virtuales, sitios web y, más recientemente, a través aplicaciones como Facebook, LinkedIn o Twitter. Ya al principio de la década del 2000 las conclusiones de las investigaciones llevadas a cabo por el profesor Manuel Castells nos indicaban que “los usuarios de Internet tienden a tener redes sociales más amplias que los no usuarios. La gente de estatus social más elevado tiende a tener más amigos, siendo éstos más diversos y viviendo a mayores distancias, por lo que el e-mail es un buen instrumento para mantenerse en esa amplia red de contactos personales y utilizarlos, eventualmente, para un propósito concreto” (Castells, 2001, 120). “El medio es el mensaje”, dijo Marshall McLuhan en 1964. “La red es el mensaje”, argumentó Manuel Castells en 2001 (Castells, 2001: 1-8).

El surgimiento de la sociedad red a finales del siglo XX constituyó un cambio de paradigma. La interconectividad ha pasado a ser la obsesión de la era contemporánea, aunque sólo sea porque un entorno volátil está concienciando a los individuos del peligro permanente de caer en la redundancia. Ser redundante significa estar infraconectado, con pocos enlaces, y así uno se va marginalizando, desconectando y, finalmente, echándose a perder. Incrementar nuestra interconectividad implica acrecentar nuestras posibilidades de sobrevivir y progresar a través de la complejidad. El impacto abrumador de capitalismo financiero posmoderno está produciendo continuamente “desecho humano”⁷. Ampliando este análisis a nuestro estudio de las redes, podríamos concluir que el largo periodo de crecimiento económico en el mundo occidental (1993-2008), facilitado por los procesos a los que nos referimos colectivamente como globalización, ha producido muchos más desechos humanos que etapas anteriores, tanto entre nuestros vecinos como en el mundo en general. Mientras África parecía redundante a las economías occidentales, partes del mundo árabe-musulmán afrontaban serias dificultades para adaptar sus sistemas políticos y sociales al nuevo escenario global donde economías emergentes como China, India o Brasil, modernizándose con rapidez, están jugando sus cartas. Sociedades tradicionales, cerradas, incluso siendo relativa-

mente ricas, experimentan un sentido de desajuste con la velocidad de los cambios provocados por el mundo global, y se ven sumidas en crisis de identidad y representación que las han llevado a dejarse tentar por lo que ha venido a denominarse “utopías regresivas”. Aunque se trata de un análisis excesivamente dicotómico –pues las sociedades abiertas tienen bastantes puntos cerrados, mientras que en las sociedades cerradas hay más espacios abiertos de lo que a menudo se admite– podemos argumentar que las sociedades abiertas son creativas, pueden afrontar crisis y manejar cambios políticos que podrían adaptarse mejor a situaciones fluidas que las sociedades cerradas. Las sociedades cerradas lucharán por sobrevivir estrechando los mecanismos de control social y de represión política. Esta reacción, en definitiva, es contraria a la dinámica global regida por los mercados abiertos y la libre circulación del capital, bienes, servicios e información, empujando a estas sociedades hacia la periferia del sistema, donde pasan a ser más vulnerables a la corrupción, a la violencia y, tarde o temprano, al colapso, o al levantamiento y la revolución.

La naturaleza cambiante de nuestros tiempos es muy exigente y confronta al individuo con la necesidad de lidiar con la liquidez, inestabilidad y volatilidad de un entorno social altamente interconectado, ya sea en nuestra esfera privada o en nuestra carrera profesional. Como dijo el sociólogo alemán Ulrich Beck, en un mundo de referencias

rápidamente cambiantes, la sociedad nos impone buscar continuamente “soluciones biográficas a contradicciones sistémicas” (Beck, 2002: 39-55). Esas soluciones pueden ir desde priorizar la carrera individual y el egoísmo a través de la persecución del estatus y del éxito económico, hasta poner el acento en la

construcción de una identidad radical, sea de corte político, religioso, o de ambos, con la consiguiente búsqueda del enfrentamiento con “el otro” para alimentar la autoafirmación. La relación entre construcción de identidad y violencia, mecanismo que estaba en el origen de la construcción del estado-nación moderno, ha figurado en el núcleo de los conflictos que han surgido en el mundo tras la posguerra fría. La reciente violencia ocasionada por las crisis de identidad en Bosnia, Kosovo, Rwanda, Sudan o Kirguizistán se explican por sí solas. El profesor de Harvard y premio Nobel de economía Amartya Sen (2007:23), considera que:

“Muchos de los conflictos y barbaridades en el mundo están basados en la ilusión de una identidad única y sin elección. El arte de construir odio toma la forma de invocar el poder mágico de una entidad predominante que elimina otras afiliaciones (...). El resultado puede ser o violencia localista elemental, o sofisticada violencia global y terrorismo”.

El caso extremo del surgimiento y evolución del yihadismo a partir de los años 80 lo ilustra muy bien. En el comple-

7. Baumann (2004): “La producción de ‘desecho humano’ o más bien de humanos desechados (el excesivo y redundante...) es un inevitable resultado de la modernización y un inseparable acompañamiento de la modernidad”.

jo mundo actual de la “identidad múltiple”⁸, muchos jóvenes contextualmente alienados encuentran en el hecho de participar en una red de naturaleza violenta un medio efectivo de establecer vínculos fiables con que compartir un propósito y dar así sentido a su vida cotidiana. Esta puede ser la respuesta a la inseguridad, a la incertidumbre, a una pobre integración social en países extranjeros, al desempleo y a la desesperanza, sea en el país de origen o en el de acogida. Siendo el individualismo una característica de las sociedades modernas, las dificultades de grupos encerrados en sí mismos, empobrecidos o alienados, que no consiguen alcanzar los logros económicos y profesionales en que se basa el modelo de prosperidad e integración social, puede ayudar a explicar por qué jóvenes más o menos alienados buscan una narrativa alternativa. Una vez se encuentra suficiente motivación externa –a través de los sitios web yihadistas, propaganda de televisión por satélite, o a través por ejemplo de las palabras de un predicador fundamentalista en la mezquita del barrio– acentuar el fanatismo a través de sitios chat y acabar estableciendo una célula de activistas autoorganizados vía Internet resulta relativamente sencillo. Cuestión distinta es, sin embargo, conseguir que esta célula conecte con lo que pueda quedar de la red original de Al Qaeda. Como Marc Sageman, en su descripción del comportamiento de la organización durante la década de 1990 y principios de la del 2000, ha mostrado que ocurría “el elemento crítico y específico para formar parte de la yihad es la accesibilidad a un enlace directo. Sin él, el grupo de amigos, parientes, alumnos o creyentes sufrirá un proceso de progresivo aislamiento” (Sageman, 2004: 120). No obstante, la campaña estadounidense contra el santuario de Osama Bin Laden en Afganistán fracasó durante casi diez años en su intento de darle caza (pero consiguió, eso sí, dispersar a los supuestos líderes de Al Qaeda y evitar acciones terroristas de gran calado). En consecuencia, al no conseguir alterar del todo los principales centros de la red, el problema persistió durante mucho tiempo. El uso intensivo de Internet o la cada vez menos necesaria obligación de contactar con algún veterano de Al Qaeda o viajar a un campo de entrenamiento, hizo que organizar un complot y declarar la paternidad de Al Qaeda fuera mucho más fácil que en el pasado. Por consiguiente, esta “desterritorialización” fomentó una gran incertidumbre y confusión sobre quién está y quién no di-

La variedad de motivaciones y contextos se añade a la diversidad de orígenes socioeconómicos y dinámica social de los activistas, lo que hace difícil, si no imposible, tipificarlos a todos bajo un *background* común que identifique al potencial terrorista individual o a la red de activistas

rectamente vinculado a la matriz genuina de Bin Laden, en qué es y qué no es una franquicia de Al Qaeda.

En consecuencia, una dificultad añadida a la pérdida de relaciones reales con los líderes yihadistas originales es la diversidad de redes que pueden decidir de manera autónoma actuar en su nombre a fin de mantener ocultos sus objetivos reales, como se ha visto reiteradamente en el caso de ciertos atentados en Argelia, donde algunos expertos desde dentro del país señalaban que atribuir las acciones a Al Qaeda podía ser una táctica para agitar fantasmas del pasado y encubrir así una feroz lucha política interna. Secuestros recientes en la región del Sahel, por ejemplo, supuestamente llevados a cabo por Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI), han demostrado que el objetivo es más la rentabilidad económica que una razón política, siendo el grupo una mezcla de radicales poco organizados, contrabandistas del desierto, traficantes de drogas y criminales, abastecidos de modo ambiguo por fuentes desconocidas. La variedad de motivaciones y contextos se añade a la diversidad de orígenes socioeconómicos y dinámica social de los activistas, lo que hace difícil, si no imposible, tipificarlos a todos bajo un *background* común que identifique al potencial terrorista individual o a la red de activistas. La caracterización puede ir desde un “lobo solitario” hasta unos “imitadores locales”, según la clasificación reciente de Sageman. “La actual ame-

naza”, escribe este experto, “ya no se focaliza en un grupo de ideólogos de Al Qaeda, que controlan vastos recursos y dan órdenes, sino que se ha ampliado a una multitud de grupos locales informales que tratan de emular a sus predecesores, que conciben y ejecutan operaciones de abajo hacia arriba. Estos aventureros “imitadores locales” forman una red global dispersa, una “yihad sin líder” (Sageman, 2008:

vii). Por supuesto, algunos patrones pueden ser descritos, como el ser un estudiante expatriado en un país europeo occidental o un joven inmigrante musulmán que atraviesa una crisis de identidad y/o de integración, pero poco más puede decirse. El proceso de radicalización y reclutamiento es altamente complejo y adquiere diferentes formas en diferentes medios, como reconocen los teóricos de redes sociales cuando argumentan que, al fin y al cabo, el mecanismo para unirse a una red es muy sencillo y consiste en conocer a alguien que ya forme parte de ella. En este sentido, y como considera Peter Neumann, “Ningún investigador ha sido todavía capaz de construir un perfil único basado en simples indicadores socioeconómicos que puedan definir con exactitud al típico yihadista... El modelo es que no hay modelo” (Neuman, 2007).

¿Una edad oscura por delante?

Hasta ahora hemos examinado diferentes características de las redes y su proceder, la naturaleza social y psicológica de

8. Hay una amplia bibliografía que debate “identidades múltiples” en la modernidad reciente. En su artículo “Identidad cultural y representación cinematográfica”, Stuart Hall (1993) argumenta que el concepto de “identidad” no es tan transparente o no problemático como creemos. Quizá en lugar de pensar en el identidad como en un hecho ya consumado (...) deberíamos pensar en identidad como una ‘producción’ que nunca se completa, siempre en proceso, y siempre constituida desde dentro, no desde fuera, de la representación.”

sus miembros potenciales, pero poco hemos hallado que pueda guiarnos en la construcción de una estrategia sólida para prevenir su emergencia y proliferación. Lejos de resolver el problema, la política de la administración Bush en Afganistán y en Irak fracasó en su objetivo de “hacer del mundo un lugar más seguro”. El autor indioamericano Fareed Zakaria (2008:223) ha sintetizado la política exterior de Bush en una fórmula muy elocuente:

Unipolaridad + 11-S + Afganistán = Unilateralismo + Irak

En 2004, el *Strategic Survey* del Instituto Internacional para Estudios Estratégicos informaba de que “el conflicto iraquí ha focalizado de un modo discutible las energías y recursos de los seguidores de Al Qaeda y de Bin Laden, mientras diluía los de la coalición antiterrorista”. El informe afirmaba que “tras la guerra de Irak, Al Qaeda tiene ahora más de dieciocho mil potenciales terroristas esparcidos por todo el globo” (Instituto Internacional para Estudios Estratégicos, 2004). Irak pasó a ser un segundo Afganistán para los yihadistas internacionales. Ya no necesitaban campos de entrenamiento, dado que podían poner bombas a los americanos en las carreteras, matar enemigos reales, y usar indiscriminadamente la táctica del suicidio con coche bomba contra soldados, contra civiles, contra escuelas y mercados. En los últimos años, todo este horror –incluidas las repulsivas decapitaciones televisadas– fue sistemáticamente emitido por las cadenas árabes en todo Oriente Medio y el Magreb, dando como resultado una propaganda diaria y potenciales reclutamientos para la yihad, en el momento en que el “enemigo lejano” se había puesto a tiro. Un informe del Centro de Combate del Terrorismo de West Point, que analizaba documentos de Al Qaeda capturados en Irak, que contienen alrededor de 700 grabaciones de extranjeros nacionales que entraron en Irak entre agosto de 2006 y agosto de 2007, mostraba que solían ser jóvenes –de entre 24 y 25 años– y venían de un amplio espectro de países árabes –sobre todo de Arabia Saudí, Libia, Marruecos, Argelia, Siria, Yemen y Túnez:

“La juventud común a todos los combatientes sugiere que muchos de esos individuos son en primer lugar voluntarios, más que veteranos de anteriores batallas yihadistas. Si hubo en algún momento un mayor influjo de veteranos yihadistas en Irak, éstos debieron de haber llegado al principio de la guerra. La constitución de una nueva generación de yihadistas para venir a luchar a Irak, o planificar operaciones donde sea, es uno de los aspectos más preocupantes de la batalla en Irak. (...) Mientras Al Qaeda sea capaz de atraer cientos de jóvenes para unirse a sus filas, seguirá siendo una seria amenaza para la seguridad global” (Felter & Fishman, 2008).

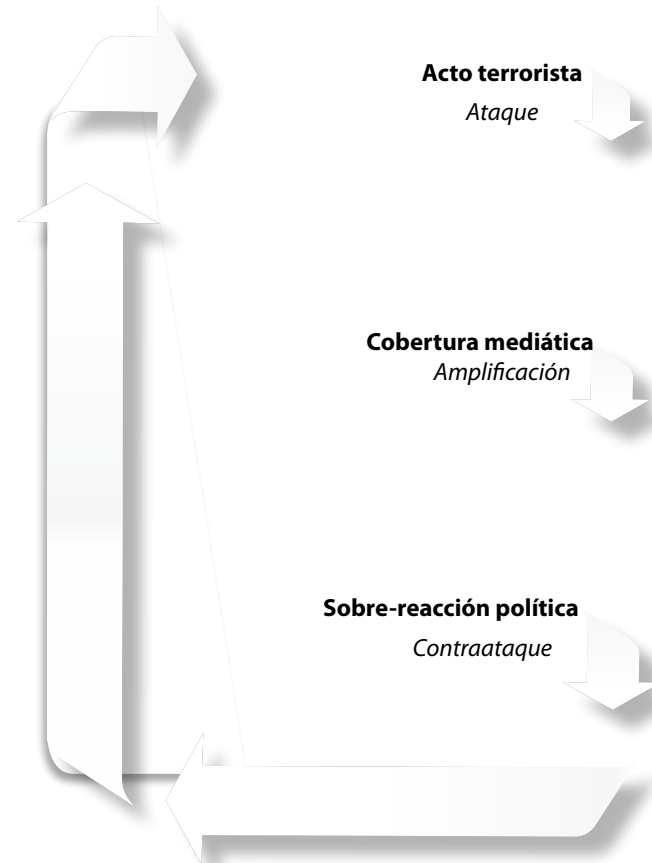
¿Qué le está ocurriendo a la gente joven que sobrevivió al conflicto iraquí y que, tras la retirada aliada, quedaron abandonados a su suerte como veteranos de aquella guerra? ¿Continuarán con sus redes locales e intentarán usar sus experiencias letales contra nuevos objetivos? En cualquier caso no parece, de momento, y a la vista de la primavera árabe, que ello haya sido así. Al describir la primera aparición pública de Al Qaeda, el historiador francés Jean-Pierre Filiu considera que Al Qaeda, que significa “La Base”, puede interpretarse también con un doble sentido: el de una “base”

territorial en la que anclar la yihad para una mayor difusión, y el de una “base de datos” electrónica (*qâ'ida alma 'lûmât*) de veteranos de Afganistán constituyendo la vanguardia de la yihad (Filiu, 2006: 31). La profesora de estrategia Audrey Kurth lo describió de esta manera:

“Al Qaeda empezó en la década de 1980 como base de datos de ordenador con los nombres de combatientes extranjeros en Afganistán, de modo que un rico dilettante saudí tuviera un medio de informar a las familias caso de que murieran en combate, y a lo largo de las dos siguientes décadas pasó a ser una entidad global capaz de desangrar un superpoder en su propia casa y atemorizar a millones de personas provocando una ‘guerra contra el terror’.” (Kurth Cronin, 2009: 166).

Una base de datos de veteranos de Al Qaeda en Irak supondría una herencia de la ocupación potencialmente muy negativa para los años venideros, si la yihad salafista consiguiera revitalizarse. En cualquier caso, si bien es importante desarrollar una comprensión del desarrollo de la conectividad de las redes de mundo pequeño para planificar futuras campañas antiterroristas, esto es lidiar con abstracciones. La falta de comprensión de las sociedades locales y de las dinámicas culturales ha acarreado grandes errores, especialmente cuando la arrogancia y los abusos de la tecnología supersofisticada ha condicionado nuestras percepciones, alimentando el odio y la ira tanto en el mundo árabe-islámico como en las comunidades inmigrantes en países extranjeros, dando lugar a po-

Figura 4. Bucle retroactivo de la acción terrorista



Fuente: Autor

tenciales nuevos reclutamientos de mujaidines listos para la acción. Puede ser útil tener en cuenta lo que el profesor Werner Heisenberg (1958), famoso padre del “principio de incertidumbre”, escribió: “Lo que observamos no es la naturaleza en sí misma, sino la naturaleza expuesta a nuestro método de examen”. Es perentorio mejorar la calidad de nuestras percepciones, distorsionadas como están por nuestra ideología, nuestras opiniones hegemónicas y nuestra supuesta superioridad basada en el pensamiento cartesiano y la hipertecnología, en la obsesión por medirlo y racionalizarlo todo, por entender el sistema como un todo racional y profundamente coherente con nuestra lógica formal, tan hábilmente secuestrada por los terroristas durante la última década. Confundir la pantalla con el paisaje, el ordenador con el programa, es una enfermedad general en nuestra era tecnológica. Así, cuando analizamos la supuesta nueva realidad del terrorismo global distribuido y basado en redes, conviene ser muy cauteloso. Conviene focalizar sobre el pensamiento sistémico no lineal e incorporar a nuestro análisis el contexto social, político y cultural si queremos dilucidar algo sobre su lógica y evolución. Como hemos visto, incorporar la por otro lado altamente sofisticada teoría de la complejidad, o la teoría de redes de mundo pequeño –el reino de los matemáticos y los físicos– no es suficiente. Necesitaremos también algo de psicología básica, de sociología, conocimiento de la historia local y ejemplos sencillos de la vida cotidiana. Los terroristas de Londres o Madrid no eran esencialmente gente malvada del mundo exterior, sino gente de nuestros barrios, a menudo (aunque no siempre) perteneciente a una diáspora alienada que sufrió un proceso de radicalización alimentado por complejas y múltiples razones. Necesitamos “traductores culturales” que puedan abrir nuestros ojos al reino de las dinámicas sociales y su entorno. Y aún así, todo este conocimiento será inútil si no integramos en el algoritmo el rol de los medios de comunicación y la reacción de los políticos, en un perverso e impredecible (pero muy básico) efecto retroactivo de consecuencias imprevistas, como se ilustra en la figura 4.

El cambio de perspectiva nos devuelve a la idea de que un aparentemente intrascendente y simple evento como la fiesta de *rentrée* de K descrita más arriba puede convertirse en un sistema incremental, una potente red de poder distribuido que puede llegar a funcionar como un conector. Toda la idea gira en torno al rol clave que los hubs puedan desempeñar. Una reunión habitual de cuarenta y tantas personas puede convertirse en una red de mundo pequeño si se mantiene viva durante un tiempo suficiente, enlazando potencialmente a decenas de miles de personas. Su poder puede ser amplio si se usa adecuadamente. Imaginemos por un momento que alguien que participa en la red tratase de convencer a un grupo nuclear de sus participantes –quizá aquellos que personalmente se hallan en un punto de inflexión en sus vidas privadas o profesionales– de utilizarla para un propósito perverso. Incluso si su arquitectura de mundo pequeño la hiciera vulnerable, debemos abandonar la idea de que identificando y eventualmente eliminando algunos de sus nodos podríamos desarticular y destruir

La existencia de un mando central o de una instrucción precisa ya no resultan imperativos. La devaluación del orden y la jerarquía es un subproducto de la “globalización”

totalmente la red. Algunos nodos muy marginales, difíciles de identificar, probablemente sobrevivirían y podrían reconstituir la red fácilmente, pasando a ser el centro que sustituya al original, siempre y cuando, eso sí, la motivación persista. La persona clave a eliminar será el propio K –, u Ossama Bin Laden, si se prefiere–, al ser el centro principal alrededor del cual está formada la red. Pero hacer tal cosa podría resultar insuficiente si seguimos el análisis de Kurth cuando afirma que, en el caso de Al Qaeda: “este movimiento ha ido bastante más allá del punto en que la decapitación podría llevarlo a su fin” (Kurth Cronin, 2009: 178). Un rápido vitazo al *9/11 Commission Report*⁹, aparecido en septiembre de 2004, nos muestra cómo los esfuerzos realizados para seguir la pista del líder de Al Qaeda a través de algunos nodos de las redes de tribus afganas eran vanos y, en definitiva, inútiles. Ni siquiera el bombardeo masivo de Tora Bora fue la respuesta apropiada a ese error de inteligencia. Además, el escaso entendimiento de los códigos culturales y los refinados enlaces sociales fue causa de una pobre actuación en la intervención de sus redes. Si en verdad estuviésemos entrando, siguiendo a Sageman, en una era de “yihad sin líder”, donde redes de todo tipo pueden proliferar con un objetivo general de causar confusión aunque carezcan de mando central, ello podría complicar la ya de por sí confusa situación. Pero otra opción sería que, vistos los pobres resultados de la campaña, una vez desaparecido el líder, desapareciese también la inspiración principal y el

movimiento acabase disolviéndose como un azucarillo. Una serie de ataques selectivos que vayan eliminando los nodos resistentes podría ser el empujón definitivo.

Pero hallar una salida no resultará en cualquier caso tan sencillo. Quizá un uso inteli-

gente de la diplomacia pública y del poder blando pueda terminar de dar el vuelco a la situación, sobre todo si se lleva a cabo añadiendo a la larga cola de iniciativas existentes redes democráticas, individuos e instituciones comprometidos con las sociedades abiertas, cuyo sistema está basado en derechos y libertades. Hallar soluciones apropiadas será difícil en la medida en que éstas conlleven alguna reforma radical en nuestra manera de pensar. No obstante, si no entra en acción, devorada por sus propias contradicciones y potencialmente hostigada por unas pocas pero devastadoras células violentas, la cultura democrática americana y europea puede acabar encarando lo que la socióloga urbana Jane Jacobs una vez llamó “una era oscura por delante” (Jacobs, 2004).

Conclusión

Una red de mundo pequeño es fácil de establecer y muestra un comportamiento bastante espontáneo y autoorganizado, como se ha visto en los ejemplos de los autores de los aten-

9. <http://www.9-11commission.gov/911Report.pdf>

tados de Madrid y en la fiesta de K. Si hubiera que destacar algunos aspectos de la compleja naturaleza social de los vínculos que establecen estas redes, citaríamos la necesidad de una narrativa compartida, de un sentimiento de pertenencia, de un propósito común y de confianza entre sus miembros. Dado que el acceso a Internet y una modesta “inversión inicial” se pueden dar por descontado, dirigir la red hacia la hiperviolencia es sólo una cuestión de voluntad y determinación. Como he argumentado extensamente en este ensayo, la existencia de un mando central o de una instrucción precisa ya no resultan imperativos. La devaluación del orden y la jerarquía es un subproducto de la “globalización”, un concepto que fue acuñado, según el análisis de Zigmund Bauman, “para reemplazar el largamente establecido concepto de “universalización” una vez quedó claro que la emergencia de vínculos globales y de redes virtuales no conservaba prácticamente nada de la antigua naturaleza verdaderamente internacional y de liderazgo controlado implícita en el viejo concepto”. El profesor Bauman argumentaba lo siguiente:

“‘Globalización’ vale para procesos vistos como auto-propulsados, espontáneos y erráticos, con nadie sentado en el puesto de mando y nadie dirigiendo la planificación, y mucho menos responsabilizándose de los resultados generales obtenidos. Puede decirse, sin exagerar, que el término ‘globalización’ atiende a la naturaleza desordenada de los procesos que tienen lugar cuando se supera el territorio “coordinado”, típicamente administrado por el ‘más alto nivel’ del poder institucionalizado, esto es, por los estados soberanos” (Bauman, 2001:34).

En contraste con las organizaciones terroristas clásicas, Al Qaeda evolucionó hacia una asociación fluida posmoderna como subproducto de la globalización en marcha. Aunque se intentase reconstituir un liderazgo en las montañas fronterizas entre Pakistán y Afganistán, esa red global (y sus parásitos) no tendría cuarteles generales y no estaría ligada a un determinado estado o región. Al enfrentarnos a esta realidad, nuestro problema ha sido que, en un entorno global inestable dirigido principalmente por la tecnología y las comunicaciones, nuestro tradicional modo de pensar “industrial”, “moderno” y “soberano” ha pasado a ser obsoleto, sin que su recambio esté a punto. Aunque se precisan grandes cambios a nivel macro del modo de hacer política, así como un rápido y “honorable” final de la guerra de Afganistán y también una solución duradera al conflicto israelí-palestino, esas son sólo precondiciones para rebajar las potencialidades del terrorismo global. Se necesita un cambio de narrativa y una estrategia más amplia y mejor informada. Entretanto, entender las dinámicas de las redes puede contribuir a reforzar las altamente sofisticadas tareas de desarticulación de “hubs” (que ya utilizan ataques quirúrgicos teledirigidos, por ejemplo) y puede ayudar a disolver algunas células residuales. Complementariamente, acciones como la puesta en pie de plataformas democráticas multilaterales que generen confianza y común entendimiento, y que

integren inteligencia, influencias y compromiso con la acción popular desde ambas visiones (algo que de algún modo la iniciativa Alianza de la Civilizaciones¹⁰ de la ONU intentaba llevar a cabo) puede resultar útil. No obstante, a la luz de lo que hemos estado argumentando, probablemente resulte insuficiente.

Declarar una “guerra global contra el terror” a perennidad resultó ser un error de enormes consecuencias. Llegados a este punto, la respuesta adecuada debe venir de una verdadera política de apoyo a las comunidades democráticas, y del trabajo policial bien hecho, más que de duras campañas militares. La respuesta debe provenir de equipos multidisciplinares de “inteligencia” (incorporando científicos sociales que quieran contrastar sus hipótesis), más que de gabinetes políticos altamente ideologizados dispuestos a sobrereaccionar, o de periodistas sobreexcitados que busquen imágenes sangrientas a fin de aumentar su “cuota de pantalla”. Según mi opinión, la cuestión central que queda pendiente es cómo manejar y comprender el rol clave de los medios de comunicación tradicionales y también de los nuevos medios utilizados por las redes, tanto en Occidente como en el mundo árabe islámico. No hay que perder de vista además que, como reacción a la crisis económica, el rechazo a la inmigración está aumentando en Europa y dando votos a la derecha populista, cosa que puede provocar reacciones violentas. Las

buenas noticias son que, después de años de desconfianza avivada por un violento extremismo y reacciones fanáticas, en junio de 2009 el recién elegido Barack Obama dijo en el Cairo a la distinguida audiencia allí congregada: “He venido aquí en busca de un nuevo comienzo entre los Estados Unidos y los musulmanes de todo el planeta, uno basado en el interés mutuo y en el respe-

to mutuo.” El camino indicado en este discurso, reforzado por su alocución en Djakarta en noviembre de 2010, revela un gran cambio de tendencia y abre una ventana de oportunidad para el entendimiento mutuo que no debería frustrarse.

Podemos concluir que el fenómeno del terrorismo global ha sido en parte un efecto colateral de la globalización, ya que explota su tecnología, su fluidez y flexibilidad, y su capacidad para influenciar, de abajo a arriba, la lucha global por el poder. Además, las importantes tensiones sociales y psicológicas que la globalización ha impuesto a los individuos han acabado por impactar en sus propias identidades conflictivas, y algunos están resolviendo su conflicto canalizando la violencia intrínseca de manera perversa. La “guerra global contra el terror” fue un movimiento equivocado y acabó echando gasolina al fuego. Sea como fuere, las redes de islamistas radicales, en mayor o menor intensidad decididos a integrarse en la yihad, estarían aquí para quedar-

10. Véase: <http://unaoc.org/>

se, a no ser que finalmente se desvanezcan, cuando ya no sean capaces de atraer nuevos adeptos, como el propio Sageman¹¹ y otros anticipan. La implosión de Al Qaeda, aunque cada vez más plausible, todavía no se ha certificado del todo. La marca Al Qaeda ha resultado demasiado útil para un buen número de actores diferentes –desde servicios de seguridad internos hasta criminales internacionales, pasando por medios de comunicación o expertos cautivos– para que desaparezca de la noche a la mañana, aunque sepamos, siguiendo a la profesora Kurth, que “no nos hacemos ningún favor refiriéndonos a estos grupos simplemente como Al Qaeda o, lo que es lo mismo, presuponiendo que todos los grupos terroristas son Al Qaeda. Existe un argumento muy sólido para evitar ese nombre en numerosas ocasiones” (Kurth Cronin, 2009: 188).

En cualquier caso, moviéndose al borde del caos, alguna “célula durmiente” puede estar planeando obtener material biológico o nuclear en Pakistán o en cualquier parte, mientras nuevas amenazas, como el ciberterrorismo, pueden estar esperando entre bambalinas. Una seguridad implacable –y silenciosa– es necesaria para hacer frente a todo ello, pero posiblemente la actual coalición antiterrorista de estados-nación “vertebrados” debería ser más sensible al nuevo entorno y fomentar, además, una red “celular” de medios responsables y de políticas internas inteligentes y sensibles a los cambios sociales.

La respuesta política (como parece haber entendido la administración Obama) pasa por escuchar con atención, no sólo a los habituales centros de inteligencia y a los reconocidos expertos en terrorismo, sino también a un espectro más amplio de opiniones frescas, que aporten una comprensión social y antropológica más vasta, y apoyar con poder blando y “desde atrás” los elementos de cambio en las sociedades del mundo árabe islámico. Y todo ello si queremos evitar las desastrosas sobrerreacciones y errores políticos de largo alcance de los que hemos sido testigos en tiempos recientes, en el caso de un eventual –aunque altamente improbable– ataque a gran escala como el del 11-S en Manhattan. Tanto los analistas como los decisores políticos deberían concentrarse en edificar los cimientos de un mundo post-Al Qaeda, y en construir una nueva narrativa que implique una nueva agenda internacional de seguridad, dejando atrás el ruinoso secuestro al que Al Qaeda y la consecuente “guerra global contra el terror” nos ha sometido a todos.

Referencias bibliográficas

APPADURAI, Arjun. *Fear of Small Numbers. An Essay on the*

Geography of Anger. Londres: Duke University Press, 2006: 28.

ASAD, Talal. *On suicide bombing*. Nueva York: Columbia University Press, 2007. P. 74.

BARABÁSI, Albert-László. *Linked. The new science of networks*. Cambridge, Ma.: Perseus Publishing, 2002. P. 145.

BAUMANN, Zygmunt. *The individualized society*. Cambridge: Polity Press, 2001. P. 34.

— *Wasted lives: modernity and its outcasts*. Cambridge: Polity Press, 2004.

BECK, Ulrich. “The Terrorist Threat. World Risk Society Revisited”. *Theory, Culture and Society*. Vol. 19. No. 4 (2002). P. 39-55.

CASTELLS, Manuel. *The Internet galaxy. Reflections on the Internet, Business and Society*. Oxford: Oxford University Press, 2001. P. 120.

Christakis, Nicholas A. y FOWLER, James H. *Connected, The Surprising Power of Our Social Networks and How They Shape Our Lives*. Nueva York: Little, Brown and Company, 2009. P. 26.

Corte IBÁÑEZ, Luis de la; JORDÁN, Javier. *La yihad terrorista*. Madrid: Editorial Síntesis, 2007. P. 254.

FILIU, Jean Pierre. *Les frontières du Jihad*. París: Fayard, 2006. P. 131.

GUARE, John. *Six Degrees of Separation*. Nueva York: Vintage Books, 1991.

FELTER, Joseph y FISHMAN, Brian. *Al-Qa’ida’s Foreign Fighters in Iraq: A First Look at the Sinjar Records*. West Point, NY: Combating Terrorism Center, US Military Academy, 2008: <http://www.ctc.usma.edu/>

HEISENBERG, Werner. *Physics and Philosophy: The Revolution in Modern Science*. Nueva York: Harper and Collins, 1958.

JACOBS, Jane. *Dark Age Ahead*. Nueva York: Random House, 2004.

JOHNSON, Steven. *Emergence. The connected lives of ants, brains, cities and software*. Nueva York: Scribner, 2001.

KURTH Cronin, Audrey. *How Terrorism Ends. Understanding the Decline and Demise of Terrorist Campaigns*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 2009. P. 166.

NEUMAN, Peter R. “A crisis of identity and the appeal of jihad”. *The International Herald Tribune* (6 July 2007).

SAGEMAN, Marc. *Understanding terror networks*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2004. P. 165.

11. “La yihad sin líder probablemente se desvanecerá por (diferentes) razones internas. El peligro es que, por muy vigorosa que sea, una campaña de erradicación puede ser contraproducente y prolongar la vida del movimiento social. Los esfuerzos de erradicación pueden ser vistos como injustos y por lo tanto atraer nuevos reclutas al movimiento, justo cuando estaba muriendo por sí mismo. Una medida prudencia es necesaria para prevenir que se adhieran nuevos miembros. Debería permitirse que la yihad sin líder expire por sí misma”. Marc Sageman (2008: 146).

— *Leaderless Jihad. Terror network in the Twenty-First Century*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2008. P. vii.

SEN, Amartya. *Identity and Violence. The Illusion of Destiny*. Nueva York, W. W. Norton & Company, 2007. P. 23.

STROGATZ, Steven. SYNC. *The emerging science of spontaneous order*. Nueva York: Hyperion, 2003. P. 232.

SUN Tzu. *The Art of War*, quoted by Liddell Hart, Basil H. in *Stratégie*. París: Éditions Perrin, 2007. P. 93.

TATHAMN Steve. *Losing Arab Hearts and Minds: The Coalition, Al Jazeera and Muslim Public Opinion*. Londres: Hurst and Company, 2006.

THE INTERNATIONAL INSTITUTE FOR STRATEGIC STUDIES. *Strategic Survey 2003/2004*. Nueva York: Routledge, 2004.

ZAKARIA, Fareed. *The Post-American world*. Nueva York: W.W. Norton & Company, 2008. P. 223.